

(15 AÑOS)

Esta no es mi estación. Será la siguiente. Avanza el vagón del metro, flota en los rieles hasta detenerse en el andén. Mientras camino hacia las escaleras eléctricas recuerdo uno de esos días cuando me acomodaba como perro en los asientos traseros del auto, con las piernas recogidas y mirando hacia el cielo, tratando de adivinar en qué calle iríamos solo con ver la forma de las nubes. El calor nos derretía a las tres: mi mamá cantaba mientras mi hermana se rascaba las piernas. Ese día, mi hermana me salvó la vida por primera vez: me prestó sus audífonos. Traer música privada es como ser dueño de un monstruo individual, como tener una pantallita que cambia la textura del mundo. Amo los *walkman*.

Lo usé, por supuesto, el viernes pasado, en el funeral de mi papá... Me sentí mal, yo quiero como loca a mi papá, pero él es... era... muy raro. Hablaba de su propia muerte, de que era mejor vivir bien que morir bien; me contaba cuando su propio padre estaba a punto de morir. Fue al hospital para sacarle

unas fotos. «Estas son de un día antes», me dijo y claro, como soy así, le pregunté si le había sacado una cuando ya estaba muerto. «Sí, tengo una» y cambió el tema. No insistí. A lo mejor algún día, cuando yo fuera más grande, planeaba enseñármela. Diría: «Así es como se veía muerto Don Cirilo», y yo me reiría como siempre que me platican que mi abuelo se llamaba Cirilo. Mi padre hizo de burro en aquel hospital donde murió Cirilo: le llevaba pulque cada tercer día. «Pobre hombre, nadie le quería contrabandear un traguito», decía. Así que lo tuvo que hacer él, su hijo. Anunciaba su llegada con la enfermera y luego le decía que había olvidado algo en el coche. De regreso nadie se fijaba en el tarro cerrado que llevaba en las manos. Me lo contó muy orgulloso; sonrió tan dulcemente como pudo y dijo, no se me olvida cómo le brillaban los ojos cuando lo dijo: «Cuando yo esté enfermo, tú me vas a llevar tequila». Por supuesto que sí, papá. Todo el tequila que quieras, aunque tenga que subir por la ventana del hospital. Lo hubiera hecho, claro, pero bueno, no pasó. Él se murió sin estar enfermo, el accidente ocurrió y había que irse. No todo el mundo puede hacer eso, pero él sí. Me fue a dejar a la escuela y me dio un beso. Ya nunca lo volví a ver vivo.

En el funeral las cosas estuvieron así. Él muerto, yo viva. Mi mamá en el hospital.

La música puede hacer que el mundo desaparezca. Eso fue lo que pasó el viernes. Me puse los *walkman* para oírlo a él y ya. Si no quieres ver a alguien (vivo) o no quieres oírlo, solo tienes que ponerte los audífonos y, en lugar de las voces, se oyen tus propios ojos por dentro, tu panza por dentro, tu sangre por dentro.

Aunque te empuje el ciempiés que forman los vagones o el policia en el andén, aunque el viento lleno de grasa rancia te escupa la cara y tu propia espera se vuelva un túnel, lo que importa es que traes apretado el *play* y todo suena como a ti te da la gana. Vas en el metro y las cosas se deslavan ¿son parte del mismo vagón? Parece que llegan y se van ¿y si realmente solo se fueran?

La cara de ese hombre, mi cara se despinta; está roída por los barro y la canción sigue sonando. Mis ojos se hacen tierra y la pista sigue sonando. Ahora mi mamá está acostada, inconsciente. La canción sigue. Un vagón, otro vagón. Shiuusssh. El animal anaranjado rasura el tiempo. Tururu, tururu. Tururu, tururu. «I am a passenger. And I ride and I ride».

La la la lalala. Me acuerdo de cómo regresa las cintas mi hermana para que las pilas de nuestro *walkman* no se gasten. Saca su pluma Bic y le da vueltas como si trajera una matraca en la mano y estuviéramos en un estadio de fútbol. Si se cansa me deja hacerlo a mí y me siento feliz de regresar una cinta porque significa que vamos a pasarnos el *walkman* del asiento del copiloto al asiento de atrás con una canción. «Mira cómo dice lo que dice el cantante. ¿Oíste cómo entró una guitarra más? Justo ahí, donde termina el coro». Ella me enseña cosas así, me deja el *walkman* (un ratito) y luego me lo quita porque «Ya oíste mucho, ya me toca a mí» y mi mamá se ríe porque somos unas mensas: «Quién sabe qué vienen oyendo, saquen ese *cassette* y pónganlo en el estéreo del coche para que lo escuchemos las tres, niñas, les estoy hablando».

¿Qué vendrían oyendo cuando se encontraron con ese camión?



La escalera eléctrica del metro tiene un latir como de caballo agotado, a punto de reventar; cuando paso por el último escalón que se come el concreto me parece que los caballos somos nosotros, yendo de aquí para allá como si nos arrearan. ¿A dónde va toda esta gente? «Es inútil», quiero decirles. No importa a dónde vayan. Cuando creen que llegarán temprano es seguro que llegarán tarde a un lugar importante de verdad.

Allí estaba ese lugar esperándote, lleno de cosas para ti, pero nunca lo viste. Llegabas temprano a eso, pero llegabas tarde a lo otro. Y tú sabes que lo otro hubiera estado de poca madre.

Pero ya está cerrado.

Hay un hombre que pide dinero. Subimos y bajamos las escaleras eléctricas como caballos desbocados, caballos muertos, caballos como los de los cuadros de Pieter Brueghel que una vez me enseñó mi papá, esos animales ocres y flacos que se abalanzan sobre la lozanía de un bebé o de un ciervo pastando.

He llegado al final de la primera puerta del metro (y está cerrada). Por un momento me dolerá estar encerrada con ese hombre que pide dinero. Lo odio porque me dan ganas de cargarlo y llevarlo a vivir a mi casa. Y yo también quiero dinero. Quiero viajar a Ámsterdam donde es legal la mota y las putas se ponen en un aparador. Quiero ver a esas putas con luces rojas dirigidas, sintiéndose maniqués. Las saludaría y desearía tener sus piernas largas, sus sonrisas secas.

Quiero olvidar que el viernes se reventó la cabeza mi papá en un auto amarillo.

El señor del metro pide dinero. Yo también quiero dinero. La rata que pasa mira hacia todos lados, ha



perdido a su colonia. Grita: «Oigan, aquí estoy», pero nadie la oye. Un policía abre la puerta y hasta entonces me quito el *walkman* y salgo a respirar el aire que no suena. ¿Tal vez el viento que sopla es la suma del aliento de todas las personas vivas en el mundo? Siento el aliento hediondo de todos los humanos en la cara. Escupo.

Llego al hospital. Voy a ver si mi mamá se ha parado de esa cama, quiero saber si mueve un dedo, si mueve dos, si el respirador hace el mismo sonido como de *Star Wars*, whooo paahh, whooo paaaah.

Quiero saber, sobre todo si me reconoce, si escucha mi nombre, mi voz; si siente mis cosquillas y el calorcito de mis manos en sus pies vendados.